



EN LA CERVECERÍA

BOCETOS MILITARES

EL PADRE CLETO

Pocos hombres he conocido tan simpáticos como él á pesar de ser cura. De éstos no he conocido ninguno, y confieso que especialmente, entre los de misa y olla, los he tratado muy simpáticos y muy buenas personas.

En el batallón, desde el teniente coronel al soldado últimamente incorporado, le queríamos todos, y los oficiales sobre todo; con él bromeábamos sin cesar, ó mejor dicho, él era el que bromeaba con todos, porque lo que es como hombre ingenioso y ocurrente no había que pedirle nada.

Nacido en un pueblo inmediato á Jerez, era hombre de fina gracia, á pesar de ser andaluz; y no se me ofendan los andaluces por el adverbio. He conocido andaluces muy graciosos; pero los que por la sola condición de haber nacido más allá de Despeñaperros se creen ya con la ineludible obligación de hacer gracia á todo el mundo, y *cutar el bacalao* como ocurentes en todas partes, me resultan de una *pata* inaguantable. Los hay hasta que tosen antes de hablar, como diciendo: «¡eh, caballeros, atención, que ahí va una graciosa!»

No era de éstos nuestro simpático *pater*. Era gracioso, no por ser andaluz, sino á pesar de serlo.

Hombre de regular cultura y de fina educación, adornaba su conversación con oportunísimas citas, que traía á cuento sin enfadosos alardes de pedantesca erudición. Conocía ó inventaba episodios relativos á los grandes hombres, cuyos episodios, por antiguos que fueran, aplicaba á las costumbres y tiempos modernos. Así, por ejemplo, resultaba gracioso, en medio de una apasionada discusión sobre toros y toreros, oírle decir, para calmar los ánimos y *dilucidar* la cuestión: «Manifestaré á ustedes lo que acerca de eso dijo Epaminondas, después de ver matar seis miuras al Tato en la plaza de Ronda.»

A los santos les hacía intervenir con frecuencia en sus relatos, repartiéndoles siempre el mejor y más simpático papel. Con el dogma no se permitía jamás la menor broma, y

los deberes de su sacerdocio los llenaba con la mayor escrupulosidad, porque, eso sí, era creyente á macha y martillo y cura en su propia tinta, con ribetes de carlista, no obstante hacer la campaña en el ejército liberal.

El P. Cleto no tenía nada suyo. Se podía decir de él lo que Campoamor de otro:

«El cura del Pilar de la Horadada, como todo lo da, no tiene nada.»

De su modesta paga, destinaba más de un tercio para girar puntualmente á su anciana madre; otro tercio para la manutención; un buen pico para limosnas, y el resto, unido á lo que daba la diaria misilla y algún que otro funeral..., se lo jugaba á todo lo que salía; porque lo que es jugador, no he visto ninguno de tan pura casta como nuestro inolvidable capellán. Jugaba á todo, y á todo jugaba muy bien. Mejor que un folleto sobre cualquier punto teológico, podía escribir una enciclopedia sobre todos los juegos conocidos.

Fuera del tiempo destinado á sus deberes religiosos, lo restante lo dedicaba á jugar, porque yo no sé cuándo dormía, ni cómo se alimentaba. Por la mañana, después de misa, unas carambolas ó un plato en la mesa del Casino. Antes de la hora de almorzar, un mus para entretener el tiempo; después, en el café, éste y una copita de coñac al *capicúa*. A las tres, ya se sabía, la partida de tresillo á céntimo doble con palo de favor, premio al solo y *endislada* continua, y cuando le tocaba dar y no se pasaba, pasaba á la estancia contigua á poner dos pesetitas á la *menor del gallo*, comisión que solía dar á cualquiera de la partida que se hallase en aquel caso. Por la noche armaba un julepe que duraba hasta las dos, y cuando ya á esta hora veía con tristeza disolverse la partida, decía: «Vaya, señores, para despedida, aquí están cuatro duritos á todo trapo. A ver quién me los lleva antes.» Y si las posturas pasaban de dicha cantidad, «¡está abonado!», decía, y ya tenía que hacer hasta una hora antes de misa, hora que dedicaba, invariablemente, al arrepentimiento, pidiéndole á Dios perdón por tanta *talla*.

Cuando se quedaba solo en el cuarto de banderas por estar el batallón formado, ó en su casa antes de acostarse, hacía solitarios. Llevaba siempre consigo, en un bolsillo el Breviario y en otro la baraja.

Un día, hacía ya un mes que estábamos de guarnición en Valencia, iba en el tranvía y se encontró con un señor, paisano suyo y dignidad de aquella Catedral. Saludáronse, y al ofrecerse la casa, sacó el canónigo una tarjeta, diciendo: «¡Vaya usted á verme; ahí tiene usted su casa.» D. Cleto hizo lo propio, diciendo: «Pues ahí tiene usted la suya»; y le entregó... una sota de copas. El bochorno del pobre *pater* no puede describirse. Aquel día maldijo la costumbre de llevar la baraja tan á mano, y desde entonces decidió firmemente llevarla en el bolsillo de atrás.

En el Casino de Segorbe había una noche una buena partida. Se tallaban cinco mil pesetas, y apuntaban casi todos los oficiales del batallón, y el P. Cleto, que llevaba su juego, especial. El alférez López estaba de malas, y venía perdiendo seis ó siete posturas seguidas. El *pater* se propuso dar tres golpes á un durito, intentando el primero en un *cuatro* contra un *siete*, en que llevaba una postura el alférez López. Salió aquél, cobró el *pater* su duro, y el alférez cuya boca era un saco de blasfemias, dijo:

—¡Me ca... so en San...!

—¡Hombre! ¡López, por Dios santo! ¡Que estoy aquí!

—Déjeme usted en paz, *pater*.

Puso éste sus dos duros, y nueva postura López á la carta contraria; y se negó ésta.

—¡Me ca... so hasta en...!—repetió el alférez, cada vez más desesperado.

—¡Hombre! ¡Por la Virgen Santísima!—dijo el *pater*, mientras cobraba los dos duros.

—¡No me jo... robe usted, señor cura!

Intentó el tercer golpe D. Cleto, coincidiendo esta vez su juego con el que llevaba López. Se negó la carta, y perdieron ambos.

—¡Me ca... so en San... Pedro!—dijo López en el colmo de la desesperación, mientras que nuestro *pater* con seráfica resignación viendo entrar sus cuatro duritos en la banca, miró á López, y dijo: *¡Bien ca... sao va!*

En una ocasión le preguntamos: —Pero, *pater*, el día que muera usted, vaya á la gloria y se encuentre con que allí no se juega á nada, ¿qué vá usted á hacer?

—Pues pedir al momento dos meses de licencia por enfermo para el purgatorio.

—¿Para qué?

—Para que me la den con la paga entera, y jugármela allí con las ánimas benditas, que deben ser gente de recursos.

Yo hace muchísimo tiempo que he perdido la pista del simpático capellán. Si por casualidad llega este número á sus manos, le pido perdón, prometiéndole, en cambio, hacerle el tercero al tresillo hasta que diga: *¡A sacar el plato!*

Ricardo Monasterio.

SU TOCADOR

Era mi sueño dorado visitar tu tocador, y ya que al fin lo he logrado, déjame que con cuidado lo contemple á mi sabor.

He venido *porque sí*, y creo estarás contenta; pero, si no fuera así, puedes hacerte la cuenta de que yo no estoy aquí...

Y está bien... te felicito, pues tocador más bonito no he visto en toda mi vida... Tienes un gusto exquisito para estas cosas, querida.

Todo está perfectamente colocado en su lugar: el sillón, el confidente, y el espejo reluciente que te admira sin cesar.

El biombo en este lado, y en el centro, colocado con artístico primor, el altar de tu tocado, que ocupa el puesto de honor.

Flores y blondas acá, y olas de encajes y tul por donde la vista va... Eres rubia... Claro está que predomina el azul...

Y azules serán acaso á solas tus pensamientos, como azul es este vaso de joyas y los asientos de los sillones de raso...

¡Todo azul! ¡Los cortinones, los artísticos jarrones de azuladas transparencias, y hasta los lindos tapones de los frasquitos de esencias!...

Veo aquí fotografías... ¿Quiénes son estos señores? ¡Ab, pobres querellas mías! ¡Fueron, en mejores días, mis dignos antecesores!... ¿Cuántos son... Siete... Y los tales para ti fueron iguales... ¡Qué coincidencias se ven! ¡Porque siete son también los pecados capitales!

Pero dudo con razón de los siete que aquí están... ¡Ah!, ¡mujer sin corazón!... ¡No están todos los que son, como diría don Juan!... ¿Quién sabe si están ahí esos retratos que vi, y hablas, á solas, con ellos, mientras peinas tus cabellos, y no te acuerdas de mí... ¡Quién sabe!... Pero... ¡qué hacer más reflexiones en vano, si es el corazón humano un arcano, y la mujer otro inexplicable arcano!

Yo no soy nada celoso, y tus pecados ábuelvo como padre bondadoso... ¡Y perdona si revuelvo, porque peco de curioso!

Voy, despacio, á continuar esta visita al lugar de tus íntimas bellezas, donde tan grandes rarezas has sabido acumular.

Los polvos carmín y rosa están aquí para hacerte que parezcas más hermosa... Pero, mujer, ¡cuánta cosa tienes para componerte!

Estas brochas embusteras que unas ojeras marcaron... ¡Aquellas tenues ojeras que tanto me impresionaron, pues las creí verdaderas!

Y estos tintes que vertieron sus colores y te dieron la frescura del jazmín, y, cénicos, me mintieron unos labios de carmín...

No ceso de preguntar por qué os dejáis alabar encantos artificiales, pero todas sois iguales... ¡No lo podéis ren ediar!

Pero, en fin, yo no he venido á darte sanos consejos, porque ya hemos convenido en que eso es cosa de viejos, y no es nada divertido.

Lo cierto es que el tocador le has puesto con un primor y una riqueza que asusta, y me gusta, sí, señor... ¡Ya lo creo que me gusta!

Pero no olvides jamás que del lujo conseguido al fin te arrepentirás, pues de la nada has salido y á la nada volverás... Y á pesar de tu alegría y estas galas que estoy viendo,



Mlle. Henriot

Notable actriz víctima del incendio del Teatro de la Comedia Francesa.